

J.J.  
MALDONADO



Quien golpea primero  
golpea dos veces

CUENTOS

 CAMPOLETRADO



## ***C'est la Mort***

CUANDO ABRIÓ SUS OJOS DESPUÉS de la golpiza, las sombras lo estaban observando, hambrientas, desde el fondo del corral. Agazapadas en las paredes y en el techo de uralita, lamían el aire y soltaban gruñidos que se confundían con el crepitar de la lluvia de Wolfsburgo. Parecían arañas inquietas, informes criaturas que se encrespaban al rozarse las unas con las otras. Hans Förtner, primer oficial de las Waffen SS, las conocía muy bien desde su infancia, pero nunca en toda su vida ni en todos sus sueños más horribles había estado tan cerca de ellas. Ahora sentía su aliento pútrido y severo que le castigaba el rostro y su olor a roña que reptaba por las fosas de su nariz. Podía ver sus perfiles moverse y brincar por todo aquel sótano gracias a un rizo de luz que ingresaba por la rendija que daba con el descampado. Una costra de luna hendía fuertemente el cielo. Un búho graznaba desde un pequeño matorral. «¡Auxilio!», gritó Hans al verse solo con las sombras, «¡Auxilio!». Siempre las había visto aparecer en los espacios cerrados y oscuros, en las covachas o subterráneos donde se escondían los judíos que cazaba, en los grandes eriales al despuntar la noche. Durante su niñez y pubertad, estas criaturas lo habían aterrado hasta el punto de arrastrarlo al borde del suicidio en un despeñadero de Mittenwald. Pero en su adolescencia, mientras formaba parte de las Juventudes Hitlerianas, aprendió a ignorarlas y a escapar de ellas asociándose a la disciplina militar y al ejercicio. Después, al ingresar a las SS como soldado de élite bajo el mando de Egbert Krumm, casi las había extirpado de su vida, aunque muy de vez en cuando las veía aparecer en la oscuridad haciendo sus horribles visajes. Por lo general, Hans trataba de evadirlas y jamás se desplazaba solo por

las zonas con escaso alumbrado público. Dormía con la luz prendida y huía de los parques y arboledas en las noches. Se transformaba entonces en un militar débil, inseguro, en un simple yerbajo que podía ser desgarrado como un pez. No obstante, en sus incursiones a los guetos judíos o en las cazas de negros por los bajos fondos de Alemania, cobraba una extraña superioridad espiritual y física que hacía que las sombras desaparecieran por completo de su campo de visión. Al principio no se percató de este efecto, pero con el tiempo descubrió que la brutalidad y el salvajismo eran buen remedio contra la debilidad mental. Entonces se entregó de lleno a la carnicería. Dentro del cuerpo de suboficiales de las SS violó, cazó, humilló y mató a patadas a negros, judíos y homosexuales de todas las edades. También hizo otro tanto con alemanes desvalidos e indigentes tan arios como él. No hacía concesiones. No perdonaba nunca. Todo ser más débil que cayera en sus manos debía ser aniquilado.

En 1942, tras encabezar la deportación de noventa y dos niños judíos del gueto de Lodz al campo de exterminio Chelmno, fue ascendido a oficial superior y se tatuó, en honor al Führer, una esvástica en el plexo izquierdo. Con este rango demostró sus dotes organizativas, su fidelidad inquebrantable hacia Hitler y al nacionalismo, su tremenda disposición para asesinar sin pudor y su genio en el combate cuerpo a cuerpo. Se dedicó a torturar soldados aliados y a perseguir, encarcelar y desaparecer adversarios comunistas. Al poco tiempo, el comandante en jefe Heinrich Himmler lo integró a un oscuro núcleo ultrasecreto que infiltraba redes de espionaje en todos los órganos de seguridad del Reich. Allí cumplió todas sus misiones con éxito brillante y sus trabajos criminales fueron saludados en secreto por los altos mandos del Ejército alemán. En sus ratos libres comenzó a boxear y a cargar pesas de doscientas libras; a correr y a hacer ejercicios con desesperación febril. Hacía flexiones y abdominales al levantarse y antes de meterse a la cama. Saltaba la sogá tres veces al día, sin descansos ni interrupciones. Su apetito se volvió voraz,

casi animal. Como era de esperarse, terminó hecho un mastodonte destructor y abyecto que pasmaba a la gente en las calles. Lo más inusual de todo este proceso fue que comenzó a perder, de manera muy lenta, el apetito sexual por las mujeres y empezó a fijarse en los muchachos de culito rebosante y de brazos tostados por el sol de las Juventudes Hitlerianas. Esta nueva sensación lo llenó de asombro pero no le preocupó o, al menos, no le preocupó demasiado. Cada vez que sentía la presencia de las sombras salía de su casa en busca de judíos para asesinarlos y, de ese modo, espantar a los espectros que se retiraban serpenteando por los muros de los guetos. Había aprendido a convivir con esos elementos negros que ahora lo observaban desde lejos (prendidos de los postes, colgados de los techos) con cierto respeto.

...[continúa]